

Nos detuvimos y nuestros generales, seguidos cada cual de su estado mayor se pusieron á reconocer el campo. El aspecto que presentaron en ese momento nuestras tropas fué magnífico, pues todos los cuerpos que iban llegando al lugar del combate, al descansar sobre las armas lanzaban un jhural atronador como el mejor preludio de la victoria. Tal y tan vivo era el deseo de pelear en todos aquellos soldados, que parecia imposible no darles gusto, estuviera ó no estuviera bien escogido aquel terreno. Lo primero no es la posicion, lo primero es el espíritu de la tropa.

Sin embargo las cornetas y los ayudantes anunciaron á poco, que continuaba la marcha, la cual se siguió en efecto en medio de un silencio fúnebre.

CAPITULO XL.

LO DE OVEJO.

Todo el entusiasmo que reinaba en nuestras tropas y mas pronunciado aún en nuestros brillantes oficiales, se convirtió desde aquel momento en el más profundo disgusto. Al cruzar por aquellas playas secas y ardientes, que desde lejos parecen lagunas y que al andar sobre ellas se ven compuestas de arenillas relucientes en que se introducian los caballos hasta más arriba de las pesuñas y los soldados de infantería hasta los tobillos, exclamaban todos los nuestros:

—¿Y por qué no se ha escogido esta posicion?

—¿Que dicen nuestros generales?

—Dicen que no podemos permanecer aquí por la falta absoluta del agua y porque el sol nos derretiria á todos.

—Dicen que la posición sería buena ahora mismo, pero no mañana ni pasado mañana, ni menos dentro de tres ó cuatro días. ¿Qué comería la tropa? ¿qué comerían las mulas y los caballos? Adónde sería necesario llevarlas para que bebieran agua?

—El caso es grave, Rocha viene á una jornada de nosotros.

—A menos: pero al vernos posesionados de estas arenosas playas, se conformaría con mandarnos tiro-tear, seguro de que á los dos ó tres días nos habían derrotado la sed y el hambre.

Parecía que estas razones eran suficientemente poderosas para no presentar la batalla en las llanuras salitrosas que se estienden entre Cuevitas y Zacoalco.

Seguimos en consecuencia nuestra marcha, tomando posesión de la cuesta que sigue de Loyola para subir á Zapotlan. El punto también era ventajoso tratándose de defender el terreno sobre la marcha, pero para conservarlo mas de un día, ofrecía los mismos inconvenientes: sin una gota de agua, sin un rancho que nos proporcionase pasturas para la caballada. Ese ha sido el motivo seguramente para que en las multiplicadas campañas que se han hecho en el Sur de Jalisco jamás hayan sido defendidas esas posiciones formalmente. Se han fortificado, lo mismo que las empezamos á fortificar nosotros, se han ocupado militarmente, se ha establecido por una noche el campamento y al día siguiente ha tenido que abandonarse.

Se tomó el pulso á las dificultades y se acordó ir á buscar mas adelante el lugar de la batalla, como á

aquel que le dijieron que escogiera el árbol en que había de ahorcarse.

Creo que ni los esforzados gefes que nos conducían en aquella inconcebible retirada, podían tener ya conciencia de nuestra victoria, que ocho días antes hubiera sido probable, quince días antes, segura; pero un mes ántes irresistible, evidente, inmediata.

De más á más, el general Guadarrama que veía huir á la revolución en lugar de hacer progresos, se entendió con el gobierno de Guadalajara que le daba mas garantías. Al aproximarnos nosotros á aquella ciudad había salido una comisión con objeto de ofrecer al general pronunciado el mando de las fuerzas nacionales de Jalisco, una suma de dinero y mayor aun de consideraciones.

El general Guadarrama estuvo entreteniéndose el asunto, pero luego que quedó despejado el horizonte con nuestra poca feliz retirada, entonces contestó sin pérdida de tiempo que se ponía á las órdenes del que mandara como general en jefe de las tropas del gobierno.

Entonces en lugar de mil ó mil quinientos hombres de refuerzo que esperábamos se incorporaran á nosotros, más con objeto de dar espíritu á nuestras tropas que con la necesidad de aumentar nuestros elementos de fuerza militar, en vez de aquel trozo de caballería digo, solo se nos incorporaron algunos oficiales que no iban de acuerdo con tal política, prefiriendo militar en las filas de la moribunda revolución. Esos oficiales fueron los que nos llevaron la noticia de la

defeccion de Guadarrama, de Pedro Torres y algunos que se encontraban muy inmediatos á él, como el coronel D. Ignacio Alatorre, fueron los que nos dieron los pormenores que acabo de referir.

Desde aquel momento ya no debíamos, pues, contar con Guadarrama, con Pedro Torres ni con nadie más que con nosotros mismos: San Luis y Zacatecas habian caido en poder del enemigo y en cuantas partes habia querido alzar cabeza la revolucion, habia sido abatida por las gentes de Juarez. Verdaderamente no habia más que lijeras chispas. Quedaban algunos amigos nuestros guerrilleando en los Estados de Zacatecas y San Luis y eran todos los elementos con que contábamos los que íbamos á luchar por la regeneracion de la patria.

En Zapotlan se pensó seriamente en nuestra situacion, porque de allí era difícil seguir huyendo con el pesado tren que lleváramos, y aunque muchos hubo que opinaron por la defensa de las barrancas y la ocupacion de Colima, para disponer de un puerto que nos pusiera en contacto con nuestros Estados del Pá-cifico y que nos proporcionara elementos como los que produce el Manzanillo, se desechó la idea, porque no podríamos pasar ni nuestra artillería pesada ni nuestros carros de municiones y entonces torcimos el camino dirigiéndonos á Zapotiltic, con rumbo al Estado de Michoacan.

En aquel pueblo pernoctamos, y como sucede siempre en la víspera de una batalla, los oficiales y tropa estuvieron llenos de alegría. Las músicas recorrie-

ron las estrechas y mezquinas calles de la poblacion, se bebió todo cuanto habia en las miserables tienduchas, que pudiera subirse á la cabeza, y el regocijo inmotivado de la armada se prolongó hasta la media noche. Pocas horas despues se dió el primer toque de marcha, y á las tres de la madrugada nos salimos al campo, porque ya las avanzadas de Rocha habian sido sentidas á retaguardia por nuestros exploradores y se temia que Guadarrama estuviera encargado de cortarnos el paso en algun desfiladero de los que tanto abundan en aquella zona.

Al esclarecer la mañana y mientras se organizaba verdaderamente la marcha por un terreno que pocos conocian, apenas habíamos andado dos leguas. A poco andar nuestra estrema retaguardia cubierta por una guerrilla fronteriza habia empezado á ser molestada por las avanzadas del enemigo. Este indudablemente venia pisándonos los talones y tenia el ánimo de batinos sobre la marcha.

Entonces ya fué necesario detenernos en donde nos cogió la ocasion sin tener tiempo apenas para reconocer el campo. Subimos el general D. Pedro Martinez y yo á la azotea de un molino ó rancho llamado "Lo de Ovejo" que se encontraba á la derecha del camino y desde allí estuvimos viendo con un anteojo la negra masa que se formaba en el horizonte, con las tropas de Rocha. Indudablemente que sus cinco mil hombres habian sido reforzados con dos mil en Guadalajara, y con los mil quinientos de Guadarrama lo mismo que con otros quinientos de Colima, iba á lan-

zar sobre nosotros un efectivo de ocho mil hombres apoyados con cuarenta cañones. Nosotros teníamos sesenta, que ya empezaban á estorbarnos y seis mil hombres de tropa, sin contar la gente destinada á cuidar el parque y los equipages. Esto es, íbamos á batirnos con una tercera parte menos, tanto en espíritu militar, como en efectivo de tropas.

—Aquí está bueno para formar la batalla, me dijo el general Martínez, luego que hubo dado una ojeada al terreno que nos rodeaba.

—Al fin! le contesté.

Y se lanzó al caballo y empezó á arreglar el campo, mientras que el general García de la Cadena corría por todos lados al galope, seguido de su Estado Mayor, dictando también sus disposiciones para el combate.

Se formaron dos líneas, una á vanguardia mandada por el general Martínez y otra un poco á retaguardia, cuyo mando se encargó al general Huerta. Estaban ambas apoyadas por el flanco izquierdo en un monte muy espeso de pinos y el flanco derecho en el rancho de "Lo de Ovejo" cuyas cercas de piedra presentaban una muralla que iba á trepar al cerro. En nuestro frente había pequeñas barrancas que estorbaban las maniobras del enemigo, en la izquierda el monte era espeso y muy fácil de defenderse y la derecha era inflanqueable por la montaña. Así es que de chiripa habíamos ido á dar á un punto que no lo hubiéramos encontrado mejor ni buscado con la linterna de Diógenes. García de la Cadena, Toledo, An-

drés Piñon, y el coronel Dávila estaban encargados del ala izquierda y Martínez del centro y la izquierda.

Se supo en nuestro campo que el plan del enemigo era batir nuestra retaguardia cuando estuviera empeñado el combate, empleando en esa operación á Guadarrama y se destacó á Francisco Martínez con cuatrocientos caballos para que fuera á situarse á una legua de distancia para estar allí de observación.

Cuando se desplegaron á nuestro frente los tiradores del enemigo, el general Martínez me encargó que fuera á vigilar las operaciones de la segunda línea y á apresurar el paso de la artillería que debía haber entrado ya á funcionar en la primera.

Arengué á los batallones de Zacatecas á mi paso, que eran los que estaban formados detrás de los de San Luis y fui á ver el paso de la artillería. Veinte cañones, los mas grandes, los de mejor alcance y los mas bien dotados de artilleros estaban embarrancados y no había medio de que salieran de allí, ni llegaron á salir mientras duró el combate. Como allí estaban embromados Ceballos y Chasco, dos de nuestros mejores oficiales de artillería, les dije bajo mi responsabilidad que dejaran á los subalternos aquella operación y fueran á servir las piezas que habían entrado en línea. Ceballos disparó entonces el primer cañonazo de aquella batalla y con excelente puntería, pues todos vimos estallar la bomba en medio de las columnas del enemigo. De allí á poco ya no se vió nada, pues todos fuimos envueltos en el ruido y el humo de ochenta cañones disparando al mismo tiempo, lo mismo que

diez ó doce mil bocas de fusil que disparaban cuándo menos diez veces por minuto.

Rocha llevaba lo florido en tropas y oficialidad, lo mismo que la crema de los gefes, yendo entre otros Corella, Fuero, Tolentino, Carrillo, Cortina, Lomeli etc. Recuerdo que le contamos veinte generales conocidos entre los que llevaba á sus órdenes, así es que tuvo en donde escoger para nombrar gefes de las columnas de cargos á los mas experimentados y de mejor prestigio militar.

Dos veces se dió una carga furiosa de caballeria contra nuestra ala izquierda, medio cubiertos por el monte de pinos y las dos fueron rechazadas aquellas gruesas columnas. De la misma manera se intentó atacar nuestro flanco derecho y las columnas del enemigo fueron no solo rechazadas sino deshechas por la nube de proyectiles que recibian á pecho descubierto.

Entonces se dirigieron los esfuerzos de Rocha á nuestro centro, pero allí estaba Martínez quien con su intrepidez acostumbrada obligó á salvar casas á los batallones que se lanzaban arma en brazo á dar una carga á la bayoneta.

El combate habia comenzado á las ocho de la mañana, eran ya las dos de la tarde y todavia se encontraba indeciso. Me encontraba á la sazón en el ala derecha, observando el aspecto general de la batalla, cuando ví dos cosas que me alarmaron grandemente: nuestros amigos habian sido desalojados de nuestro flanco izquierdo y sus soldados aparecian en grupos dispersos mas allá de la arboleda sobre las lomas, á

la vez que un trozo de caballeria venia bajando el cerro al flanco derecho y casi á nuestra retaguardia.

¿Aquel podia ser Guadarrama que atacándonos por la espalda en momentos tan críticos iba á determinar nuestra derrota? Entonces tomé una escolta de ocho hombres armados de rifles de repeticion, que era la misma del general Martínez y con ellos me fuí á impedirles el paso mientras llegaba Francisco Martínez con la columna de caballeria que mandaba y que habia permanecido inactiva hasta aquel momento.

Por fortuna aquel enemigo que no pasaba de 500 hombres venia por las hondonadas abriéndose de nuestra línea y el incidente pudo pasar sin ser advertido por nuestros gefes ni por nuestra tropa, que á haber visto al enemigo á retaguardia en cualquier número que fuera se habria desbandado. Ya comenzaba á fatigar la prolongacion de aquel combate y en nuestras tropas que no habian comido ni dormido se echaba de ver el cansancio.

El ardid fué bueno respecto de aquel trozo de caballeria que tan intempestivamente apareció sobre la retaguardia de nuestro flanco derecho, mandándoles tirotear con aquellos hombres que no tenian lugar en la línea de batalla: el enemigo se detuvo mientras que mandaba reconocernos, y así pudimos dar tiempo á que llegara Francisco Martínez con "Rifleros del Norte" dispersando en cinco minutos á aquellos imprudentes. Tomamos cinco oficiales prisioneros y estos nos declararon que pertenecian á un escuadron de Guajuato que mandaba el coronel Valencia. Tenia ins-

trucciones de cortarnos la retirada en la derrota, pero habia equivocado la hora y el camino.

Tras este incidente, es decir, á eso de las cuatro ó cinco de la tarde, el coronel Martinez obedeciendo una órden de su hermano el general, pasó á la primera línea con objeto de unirse á «Carabineros de México» que mandaba siempre el intrépido Orellana y dar una carga brusca de caballeria para recuperar la posición perdida en el flanco izquierdo. El mismo general Martinez se puso á la cabeza de la columna y la carga fué tan brillante, y al parecer decisiva, que toda la línea enemiga empezó á retroceder, viéndose el polvo que levantaban los fugitivos hasta mas allá de dos leguas á su retaguardia. Entonces el 10.º de infanteria, aquel afamado 10.º que no habia querido abrirnos las puertas de Guadalajara, levantó las culatas de los fusiles declarándose prisioneros. Sin tiempo para desarmarlos, el general Martinez mandó que fuera rodeado por algunas fuerzas nuestras y se llevaran á entregar á la segunda línea, que era á donde desde temprano se habian estado mandando todos los prisioneros.

¡Fatalidad! Se levantaba tanto polvo, formaba una masa tan amenazadora aquellos 800 prisioneros custodiados por 400 dragones, y aparecieron tan de súbito encima de la expresada 2.ª línea, que ésta se creyó sorprendida por una columna del enemigo y echó á correr con todo y gefes, sin que fuera posible que los contuvieran ni los mismos soldados del 10.º que gritaban á una voz: ¡somos de vds! ¡viva Martinez!

En esos momentos, las cinco de la tarde, teníamos perdidos el flanco izquierdo y toda la segunda línea, es decir, mas de cuatro mil hombres. Martinez seguia batiéndose solo con los restos de la que habia sido la valiente 3.ª Division del Ejército Republicano.

El enemigo que tenia gefes mas aguerridos, mas prácticos y mas serenos en lo general que nosotros, notó en medio del desorden introducido en sus filas que nosotros tambien estábamos muy mal parados, reunieron en el centro á todas sus tropas disponibles y cargaron en combinacion sobre el único grupo que permanecia en nuestro campo formado de los Martinez y Orellana, y mas por el número que por el arrojo y valentia, vinieron á dominarlos á eso de las seis de la tarde y cuando los prisioneros viéndose libres empezaron á hacernos fuego por la retaguardia.

El general Martinez ordenó que cubriera la retirada «Carabineros de México» haciendo fuego, pero como al vencedor siempre sobra audacia, logró este introducirse en nuestras mismas filas en donde hirió casi de muerte á Dávila, Osorio y á muchos mas de nuestros distinguidos oficiales.

La jornada de «Lo de Ovejo» fué como era de esperarse, un completo desastre para nosotros, pues nos hizo perder no solo todos nuestros elementos de guerra, sino hasta nuestros equipajes, quedándonos reducidos á un grupo de 800 dispersos, cercados, hambrientos, y lo que es mas triste aún, demoralizados.